

EL FUSIL

Siglo II.—Año VI.—Disparo 333

Periódico radical

OFICINAS
Caños, 4, Madrid

PRECIOS
UN AÑO: { Provincias TRES ptas
{ Madrid y Extranjero SEIS ptas

NÚMERO SUELTO
Corriente, 5 cént. Extraordin. 110

Mano de 25 ejemplares
75 céntimos

Pago adelantado
En libranza, sobre monedero ó Letras de fácil cobro. No se admiten sellos.

Toda la correspondencia al Administrador
Lunes 23 de Febrero de 1903

CONFETTI

Otro año, cuando llegaron los Carnavales me ocupé en esa cuestión del confetti, y me pareció mal; una gorrinada.

Eso es gastar dinero en tonto, y encarecernos el papel á los periódicos.

Y como las primeras materias de que se fabrica el papel vienen del extranjero, resulta que, con semejante costumbre, se encarecen los cambios.

No, señores. El Fusil propuso entonces y propone ahora otra cosa mejor. Proteger á la agricultura por medio del confetti.

Bueno que se piquen para confetti los papeles inútiles, por ejemplo, las circulares de Maura sobre la sinceridad; el título de abogado de Vadillo, los programas de Canalejas, los números de *El Imparcial*, los recibos de la contribución, etc., etc.; siempre que haya papel sobrante para nuestra limpieza personal.

Pero los otros papeles no deben picarse.

¿Quiere esto decir que opine El Fusil que desaparezca el confetti? ¡No, señores! Ya que tiene el público el gusto de tirar esos papelitos ó esos polvos, que los tire.

Lo que propuse otra vez, y vuelvo á proponer ahora, es que en lugar de tirar confetti de papelitos se les tire á las señoritas paja.

Eso es mi gran pensamiento. Tirar paja.

—Paja y no papelitos, señores pollos. ¡Tiren ustedes paja!

Prohíba usted, señor gobernador que se tire confetti estos Carnavales, y mande usted que el que quiera divertirse que tire paja.

Verá usted, señor gobernador las ventajas de la paja.

En primer lugar, se encarecerá la paja, y aumentarán los rendimientos de la Agricultura. ¡Qué sabe usted los miles de arrobas que se consumirían de paja!

En segundo lugar, cuando pasaran los Carnavales, se podía barrer la paja que no se hubieran comido, y con ella sacar otro dineral para abono agrícola.

Y por último, con la paja se podía hacer lo mismo que con el confetti, pintarla de azul, de rojo, ó hasta dorarla, á gusto del consumidor. ¡Y poco contentos se pondrían los pollos con la paja verde!

Nada, señor gobernador. Sea su lema en esta tempora el siguiente:

¡Abajo el confetti! ¡Arriba la paja!

CARNAVALERÍAS

—Pues sí, Ufrasio, yo pensaba correr mi miaja de juerga en Carnaval, y cité en ca del Asamantecas al Zurdo, al Pirrao, al Tlano y al Navigón, que 'es sientan al pelo los capuchones, pues han usao esa prenda la mar de veces, y fíjmos con las mieras á la tienda de disfraces del Candongo, que ya sabes que me aprecia; pero no encontremos trajes al tanto de la etiqueta que queríamos, pues todos parecían acelteras por la grass, y las caretas eran antiguas. Total, que después de dar más vueltas que está dando por toas partes el amigo Canalejas, acordamos disfrazarnos ca uno como pudiera, pa colar en el Retiro

BANDOS MUNICIPALES



—El alcalde de Madrid ha dado un bando en que se ordena que todas las cabras lleven bozal, para no perjudicar á los árboles.

(Noticia de varios periódicos.)

sin apoquinar los treinta galgos. Yo fui á pedirle unas faldas á la suegra del Ronco.

—¿Y te las dejó?

A ver... y hasta una chaqueta que desechó hace dos años.

—¿Y fuistes con esas prendas al Retiro?

—Es natural.

—Paecerías la pantera en estao interesante; porque la señá Efigenia tiene un azdómen...

—No; á mí

los vestidos de las hembras me están pintaos. ¡Ojalá hubié paeido una fiera!

—¿Pa comerte á alguno?

—Sí.

—¿A quién?

—Al Ronco.

—¿Y tu agüela!

—¿Pues qué te hizo?

—Na, hombre;

que como él con su suegra tié camorra toos los días porque en su casa no entrega nunca el jornal, se conoce que la quería dar leña y al fregar que yo llevaba sus faldas y su chaqueta, dijo:—Tú no me conoces; yo á tí sí: eres una perra y te voy á dar dos palos; ¡so urraa, so sinvergüenza! Y tomándome el sujeto por la señora Efigenia, con el bastón que llevaba, ehico, me atizó una celpa

que me puso las costillas talmente como una breva.

—¿Y tú qué hiciste?

—Achantarme;

porque llevando careta tié uno que aguantar las bromas que le den.

—¡Vaya una juerga á palo seco!

—Carenia

si la tocata fué buena, que me han mandao que me unto toas las noches con manteca imitá los cardenales.

—¿Y quién te dijo que era el Ronco el de la paliza?

—Un primo de mi parienta que iba con él divirtiéndose, me lo contó en la taberna por la noche...

—Y se comprende

que el Ronco se confundiera.

—¿Por qué?

—Tú mismo lo scabas

de decir: ¿ya no te acuerdas?

¡Pues, hombre, porque te cae bien la ropa de las hembras!

SALVAVIDAS

Siguen los tranvías aplastando gente. Y siguen sin salvavidas y sin que nadie se los exija.

¡Qué bien! Como que esos hijos que despedazan los tranvías no son hijos de los ministros. Como que los hijos de los ministros van en coche y no necesitan el tranvía para nada. Por eso no hay salvavidas.

Si aplastaran los tranvías un día al hijo

del presidente, otro día á los del alcalde, otro día á los de los marqueses y duques, ya veríamos si se ponían ó no los salvavidas.

Pero como no machacan más que á las criaturas de la gente pobre, no les da cuidado ninguno.

¿Qué importa que les corten las piernas ó los brazos ó las orejas á los hijos de los pobres?

Así se despuebla el mundo de gente que no tiene qué comer.

¿Salvavidas? ¿Y para qué queremos salvavidas los que andamos aperreados para no morirnos de hambre?

Sin embargo, señor alcalde, señor gobernador, señores ministros y señores del tranvía: oiganme ustedes una cosa. Aunque aperreados, cada uno queremos guardar nuestro pellejo y defendamos la vida como gato panza arriba.

Y sobre todo, aunque estemos cansados de ella, aunque no la podamos aguantar, esouchen ustedes bien, aunque la diéramos por menos de dos cuartos, no nos gustaría ni nos daría la gana que los mayores del tranvía nos la quitasen.

No, señores.

Para eso están el Viaducto, ó los fósforos de Cascante, ó los puñeros de sal de acedera.

Y sobre todo, á mí no me ha pasado nada aún.

Pero les juro á ustedes que el día que me pase, el día que cualquier tranvía de esos, bien sea amarillo, ó encarnado, ó verde, ó